

029. Al Cielo, Patria mía

¿No han oído ustedes nunca el cuento del monje que quiso ver a la Virgen?... Aunque el libro mejor escrito por un Santo sobre las Glorias de María lo traiga como histórico, vamos a contarlo nosotros como un cuento bonito porque sí...

Pues, nada. Que aquel buen monje, metido en su celda y rezando siempre, estaba enamorado de la Virgen. La quería a más no poder. Y se moría de ganas por verla. Pero, ¡claro!, tenía que esperar al Cielo para poder ver a ese su amor celestial...

Hasta que se le ocurrió ser más valiente, y le pidió a la Virgen que se le apareciera, pero tal como está en el Cielo, porque la quería ver en toda su belleza deslumbradora.

Pedía y pedía esta gracia, hasta que un día Dios le envió un ángel para que le dijese que sí, que le concedía ver a la Virgen. Pero le ponía una condición muy dura:

- Si quieres ver a la Virgen, la verás. Pero, una vez vista, te quedarás ciego para siempre.

El buen monje se quedó desconcertado. Y se decía a sí mismo:

- ¡Dios mío! Esta sí que no la esperaba. Eso de quedarme después ciego para siempre, es muy duro. Pero también, eso de no ver a la Virgen, ahora que se me ofrece y después de pedírselo tanto, no me parece elegante. ¡Ojalá no lo hubiera pedido!... Sin embargo, ¿no vale la pena ver tanta belleza de María, aunque después tenga que ir siempre a tientas con el bastón, como un ciego cualquiera? Tantos ciegos hay en este mundo, que uno más, ¿qué importa?...

El ángel aparentaba serio, aunque no podía aguantar la risa al ver el apuro en que había puesto al monje. Pero éste, que no era tonto, tuvo al fin una idea luminosa:

- ¡Ya sé lo que voy a hacer! Le digo que sí; que venga la Virgen. La miraré sólo con un ojo, cerraré el otro, y quedaré ciego sólo a medias.

Dicho y hecho, le dice al ángel:

- ¡Dile que sí, que la espero!

El ángel se subió rápido hacia el Cielo. El monje se quedó en oración, y al anochecer oye una música celestial, divina.

Unas luces que al principio le parecieron muchas estrellitas se fueron convirtiendo en un esplendor indescriptible.

Y allí, allí en medio, que venía la Virgen rodeada de muchos ángeles, se ponía delante de él, le miraba, le sonreía...

Bueno, nuestro monje estaba loco. Y ante tanta belleza, grita entusiasmado:

- ¡Ahí me quede ciego del todo para siempre! Abro bien los dos ojos, porque de esto no me pierdo nada, nada...

Y la Virgen, más buena que Ella sola, le mira con mayor ternura que nunca, y le dice al fin:

- Bien, bien... Tú no querías quedarte ciego, y yo no quiero que te quedes ni tuerto. Seguirás viendo con los dos ojos. Pero, ya lo sabes. A ser cada vez más bueno, porque tengo muchas ganas de que vengas al Cielo para que allí me contemples bien y para siempre. Aunque has de saber que cuando veas a mi Hijo Jesús, y cuando estés metido en la visión de Dios, entonces vas a contemplar lo que ahora no te puedes ni imaginar. ¡Adiós, adiós!...

La Virgen se alejaba, se alejaba hacia las alturas.

El monje, vuelto en sí, no sabía cómo dar las gracias a la Virgen. Y como la Virgen le dijo que Jesús era mucho, pero mucho más hermoso, y que no se podía ni imaginar lo que era Dios, ahora no quería sino ver a Jesús y ver a Dios. Pero ya no se atrevía a pedir semejante gracia para la tierra. *¡Esperaré al Cielo!*, se decía. Y lo esperó haciéndose

cada día más santo, porque le habían dicho que cuanto más santo es uno y cuanto más gracia de Dios se lleva de este mundo, más y mejor verá a Dios en el Cielo. Siguió, pues, con su vida de santico y esperando siempre que le llegara el día de la muerte, porque se decía las palabras de San Pablo, que él ampliaba a su gusto:

- *¡Siempre estaré con el Señor, siempre con la Virgen, siempre metido en la visión de Dios!...*

Y por alargar en todos sus detalles el cuento del monje, a nosotros se nos va acabando el tiempo que la emisora nos da para nuestro mensaje.

Pero hemos entendido bien la lección de la esperanza cristiana: suspirar por el Cielo, donde tenemos el término feliz de nuestra existencia.

El cuento bonito nos ha llevado a María, pero María nos lleva a Dios. ¿Cuál será la hermosura infinita de Dios, que así ha hecho de hermosa a su Madre?...

Cuando en la vida nos falla todo, queda como resorte último la esperanza. Todo pasa. Y entonces nos damos cuenta de que únicamente vale la pena lo que es eterno: la gloria que Dios nos promete.

Nuestro destino es el Cielo. ¿Cómo no vamos a amar la vida eterna? ¿Cómo no vamos a querer estar en la gloria de Dios? ¿Cómo no se nos va a hacer fácil la vida si pensamos en el premio que Dios nos tiene preparado?...

Sin esperanza no podemos vivir. Y nuestra esperanza en la vida eterna, en un Cielo de dichas sin fin, no es un cuento de nuestra imaginación: es la palabra de nuestro Señor Jesucristo, que se despidió de los apóstoles diciéndoles:

- *Os voy a preparar un lugar allá arriba..., allá arriba...*